

Introducción

El presente no coincide consigo mismo

Jacques Derrida

Desde que se tiene memoria histórica, cada generación ha querido imponer su visión del mundo. La lógica positivista, paradigma del conocimiento que ha dominado el trabajo científico en los últimos siglos, ha sido motivo de sospecha por parte de pensadores posestructuralistas, deconstruccionistas, y otros teóricos denominados globalmente posmodernos. Los pensadores posmodernos se alejan de las ideas fundacionales de la modernidad para proponer una visión socialmente condicionada, histórica o contextual. Las maneras de conocer dependerían del contexto cultural, del que ni los científicos podrían sustraerse. En efecto, el intento moderno de articular la realidad y el conocimiento en la línea de un pensamiento universalista, de una razón unívoca, ha perdido prestigio frente al escepticismo generalizado del posmodernismo. Aquellas ideas invariables actualmente son puestas en sospecha de esconder una voluntad de dominación, con el objetivo de imponer un modelo ético fuera de la historia, frente al incipiente reclamo de pluralidad y autonomía que impone la diversidad humana.

La modernidad puede ser definida como una época dominada por la idea de la historia del pensamiento entendida como progresiva “iluminación”, opuesta a la men-

talidad antigua, donde predominó una visión naturalista y cíclica del curso de la historia. La idea de progreso concibe el curso del pensamiento como desarrollo superador, en el cual lo nuevo se identifica con la virtud de la recuperación del fundamento-origen.

Los pensadores modernos desarrollan de modo secular la herencia judeo-cristiana, que determina que el paso de la historia implica una dirección como discurso a la espera de la salvación (y que se articula en creación, pecado, redención y espera del juicio final). Frente a esta estructura dialéctica, comprensible a través de la razón, aprehensible, el proyecto posmoderno aparece contradictorio. Quizá porque los críticos de la posmodernidad la analizan desde el paradigma moderno, que indica que todo lo “posterior” debe avanzar en un sentido lineal de progreso, no se estaría tomando en cuenta el cambio en las nuevas condiciones de pensamiento. Lo posmoderno indica una despedida de la modernidad, que en la medida de que quiere sustraerse a la lógica de desarrollo y sobre la idea de superación crítica en la dirección de un nuevo fundamento, torna a rescatar lo que Nietzsche y Heidegger propusieron en su peculiar relación crítica respecto del pensamiento occidental.

El pensamiento moderno, que intentó diseñar estructuras invariables en el tiempo y el espacio bajo el denominador común de la razón, surge cuando se comprende la necesidad de separar las diversas esferas de la existencia: política, religiosa, económica, científica, el dominio público y el dominio privado, etc. Según Michael Walzer,³ estas esferas deben mantenerse lo suficientemente estancadas para evitar que acontecimientos en una de ellas afecten sensiblemente al resto. Se trata, pues, de un imperativo racional y moral cuyo objeto es la prosecución de una sociedad más

³ Michael Walzer, *Spheres of justice*, NY, Basic Books, 1983.

justa, equitativa y libre. Tomando en cuenta esta autonomía de las distintas esferas, se puede afirmar que pertenecemos a distintos círculos institucionales, y es a partir del reconocimiento de pertenencia del individuo a estas distintas esferas de lealtad que ya no podemos encerrarlo en una identidad fija (Émile Durkheim habla de “pluralización de mundos de vida”). En estos tiempos posmodernos y neoliberales, al haberse elevado el dinero como excluyente denominador de valor, contaminando a las esferas de justicia, estamos expuestos, en la actualidad, a la tiranía de los mercados, habiéndose infringido el más decisivo de los principios de la modernidad. El posmodernismo, si se nos permite la generalización de englobar en él a gran parte de las nuevas tendencias del pensamiento actual, por su apego a la pluralidad se rebela contra el imperio del “pensamiento único” en política y de la “normatización” que proponen los medios de comunicación masiva. Sin embargo, se los acusa de apoyar el modelo consumista, o al menos alentarlos, ya que coincide con su individualismo a ultranza y, de alguna manera, con su estética.

Conviene mencionar, por otra parte, que según varios teóricos críticos de la modernidad, ésta ya llevaba implícita su decadencia: desde Engels a Marcuse (pasando por Freud y Adorno, entre otros), de Durkheim a Charles Taylor (haciendo escalas en Simmel y Weber, por sólo nombrar los más notables), todos ellos ilustran (a su modo y mucho antes que lo hicieran los pensadores posmodernos) las fracturas del mundo ideal diseñado por la modernidad;⁴ desde el individualismo que, según Tocqueville,

⁴ Respecto de Frederic Engels ver especialmente *The condition of the working classes of England*; Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*; en toda la obra de Emile Durkheim campear estas dudas; en Weber, su trabajo inconcluso *Economía y sociedad*; en Georges Simmel se pueden encontrar en su *The philosophy of money*; con relación a Herbert Marcuse ver *L'homme unidimensionnel*; Anthony Giddens, *The consequences of modernity*; Charles Taylor, *The malaise of modernity*.

pese a ser un rasgo emancipador del orden social establecido nos confina a “la soledad de nuestro propio corazón que anula el objetivo heroico de la vida”, pasando por la “razón instrumental” que reduce la vida a la fórmula “costo/beneficio”,⁵ para culminar con el “despotismo blando” de la organización burocrática, que según Hannah Arendt logra su perfeccionamiento en los campos de concentración, “los que expresan a la civilización racional con exquisita crueldad”. El sociólogo de la comunicación canadiense, David Lyon nos advierte:

logros de la modernidad, ambivalencia de la modernidad: a pesar de las apariencias, la modernidad ha experimentado dudas íntimas y contradicciones desde el comienzo, y éstas no son sólo fenómenos “culturales” abstractos o amorfos, han ido unidas a la innoble materialidad del dinero, las máquinas y las calles; son inherentes a las pautas y vías de la interacción social.⁶

Los críticos del paradigma posmoderno lo acusan de haber producido la caída de los referentes al proponer la desaparición de las diferencias de opuestos (como verdadero/falso, bello/feo, bien/mal, etc.). Serían las ideas posmodernas las que estarían convalidando esta nueva era, donde lo real parecería ser determinado por la vía de los consensos. Como si el nuevo milenio deseara consolidarse en la era de la virtualidad, con una economía neoliberal que no termina de agotarse y continúa reproduciendo una riqueza artificial, al tiempo que sigue excluyendo a masas de ciudadanos. Consolidación de un indi-

⁵ En economía el costo-beneficio es un útil instrumento para medir tasas de retorno de la inversión y valor-tiempo del dinero, hace base en el utilitarismo social del S. XVIII de Bentham y Mill para terminar siendo consolidado en el S. XX por el Premio Nobel de Economía 1992 Gary Becker, quien extiende el análisis microeconómico al amplio campo del comportamiento e interacción humanos.

⁶ David Lyon, *El ojo electrónico*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.

vidualismo exacerbado, xenofóbico y desolidarizado, que confunde el dinero con la riqueza y el aspecto exterior con la salud, desvaloriza el trabajo y, pragmático al fin —aunque cortoplacista— sólo se interesa por los resultados.

Emergente del nihilismo alemán, la corriente posmoderna se inscribe en un escenario de ocaso, en el derrumbe de los movimientos artísticos vanguardistas, de las crisis de expectativas político-sociales, del retorno de movimientos irracionales, en el desencanto de la globalización.

El nuevo orden globalizador —“cuyo factor de integración es impulsado por el dinamismo de la economía internacional (...) donde a la nueva distribución general de las fuerzas geoestratégicas se suman la mutación del Estado, de las formas sociales, de los sistemas de producción, de las comunicaciones, de los actores económicos y de los parámetros culturales”⁷— coexiste con el primado del pensamiento posmoderno. Pero nuestra época presenta un doble perfil: si por una parte predominan las fuerzas centrípetas de la globalización, coexisten con esta homogeneización fuerzas centrífugas, de fragmentación, por las que ciertas culturas intentan, consolidando su tradición, evadir la sofocación global. En todo caso, parece imponerse un desencanto inmovilizante. Remo Bodei afirma que “con la progresiva aceleración del tiempo histórico, el espacio ya no logra coagularse como experiencia adecuada al presente y el futuro (...) llega a ser no sólo difícil de prever sino también de imaginar”,⁸ por lo que vivimos en un tiempo sin utopías, sin memoria y sin esperanzas; un mundo donde nuestras sociedades no estarían dispuestas a sacrificar el propio presente por un futuro lejano e incierto.

⁷ Felipe Gardella, *Liberalismo vs. economía virtual: del paradigma de progreso social al síndrome 'winners take-all'*, Lima, Caucus, 2001.

⁸ Remo Bodei, *Libro de la memoria y la esperanza*, Losada, Buenos Aires: 1998.

Asimismo, surgen nuevas sensibilidades como consecuencia del impacto de las tecnologías de la comunicación en el individuo, originando una nueva forma de experiencia vital, acotada por la estetización de la vida y la fragmentación del sujeto. Según el crítico marxista Fredric Jameson, el posmodernismo se caracteriza por: 1) la expansión de la cultura de la imagen (fenómeno de estetización, entendido como el rápido fluir de signos e imágenes que impregnan el tejido de la vida cotidiana hasta constituirse en ideología del consumo, que asegura la supervivencia del actual momento de la sociedad capitalista); 2) cierta esquizofrenia provocada por la ruptura de la cadena de significantes en los mensajes (ya que el presente engloba al individuo y lo aísla de su historia); 3) la fragmentación del sujeto (que sustituye la patología cultural neurótica de la modernidad por la mengua de los afectos y, su emergente, la ansiedad). La cultura de la imagen es omnipresente. Ésta diluye al sujeto en la cultura de la estetización y en la objetivación del consumo, y provoca la pérdida de la historicidad de un individuo sometido a la velocidad de la información audiovisual, sin referencias temporales. Las nuevas tecnologías son el producto de una nueva etapa del capitalismo que requiere, aún más que en la modernidad, del consumo masivo.⁹ En consecuencia, la estetización, la ahistoricidad y el consumismo generan un *ethos* hedonista que se diferencia de su antecedente moderno vanguardista: ya no se puede ser transgresor de la moral, porque el placer ya no está proscrito. Este marco lo consideramos compatible con una ética liberal (pero desprovista de principios rigurosos y sustentada por individuos sin convicción), con la primacía de los dictados de la economía neoliberal (individualista y desolidarizada) y con la globalización (vista la equidistancia del hombre numérico,

⁹ F. Jameson, *Posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós, Barcelona, 1992.

quien se siente a sus anchas, global, en la virtualidad del ciberespacio).

Erich Fromm (psicoanalista y célebre pensador alemán, 1900-1980) hacía un diagnóstico, a comienzos de la década del 40, que bien podría aplicarse en la actualidad: “nos sentimos fascinados por la libertad creciente que adquirimos a expensas de poderes exteriores a nosotros, y nos cegamos frente al hecho de la restricción, angustia y miedo interiores, que tienden a destruir el significado de las victorias que la libertad ha logrado sobre sus enemigos tradicionales”, y es que en el capitalismo, cuando pierde su espíritu liberal, en tanto actividad económica, el éxito y las ganancias se vuelven fines en sí mismos. Y así la razón de ser del ciudadano devenido consumidor es la de contribuir al fortalecimiento de este sistema económico, no ya para lograr su propia “salvación”, sino para cumplir con su papel de “engranaje destinado a servir propósitos que le son exteriores”.¹⁰

Los pensadores que se adhieren a la corriente posmoderna (Lyotard, Derrida, Foucault, Baudrillard, Vattimo, Rorty, Gadamer, entre otros) han interpretado, algunos muy tempranamente, la ruptura con la concepción moderna que encarnan Hegel, Kant, Kierkegaard, Marx, Freud, Russell, Althusser, Rawls (por sólo nombrar a algunos de aquellos más actuales que dejaron su decisiva impronta en nuestra cultura occidental), y han descripto su época. Pero, además, el posmodernismo ofrece su propio paradigma. Es sobre este punto que arrecian las críticas.

Para culminar esta introducción, deseamos recordar que el siglo XX, el más cruel de toda la historia, el del sufrimiento inútil como diría Hobsbawm, provocó un enorme descreimiento respecto de las posibilidades del pensamiento filosófico, que se ejemplifica con este párrafo del filósofo rumano Emile Cioran:

¹⁰ E. Fromm, *Miedo a la libertad*. Paidós, Madrid, 1987.

Frente a la música, la mística y la poesía, la actividad filosófica proviene de una savia disminuida y de una profundidad sospechosa, que no guardan prestigios más que para los tímidos y los tibios. La filosofía —inquietud impersonal, refugio junto a ideas anémicas— es el recurso de los que esquivan la exuberancia corruptora de la vida. Poco más o menos todos los filósofos han acabado bien: es el argumento supremo contra la filosofía. El fin del mismo Sócrates no tiene nada de trágico: es un malentendido, el fin de un pedagogo, y si Nietzsche se hundió fue como poeta y visionario: expió sus éxtasis y no sus razonamientos... qué pocos de los sufrimientos de la humanidad han pasado a su filosofía... Se es siempre impunemente filósofo: un oficio sin destino que llena de pensamientos voluminosos las horas neutras y vacantes... ¿Y acaso esos pensamientos se han materializado en una sola página equivalente a una exclamación de Job, a un terror de Macbeth o a una cantata? El universo no se discute, se expresa. Y la filosofía no lo expresa. El filósofo “enemigo del desastre, es tan sensato como la razón y tan prudente como ella”. No comenzamos a vivir realmente más que al final de la filosofía, sobre sus ruinas, cuando hemos comprendido su terrible nulidad, y que era inútil recurrir a ella, que no iba a sernos de ninguna ayuda. Qué ventaja hay en saber que la naturaleza del ser consiste en “voluntad de vivir” en la “idea”, o en la fantasía de Dios o de la Química. Simple proliferación de palabras, sutiles desplazamientos de sentidos... Sólo estamos seguros en nuestro universo verbal, manejable a placer, e ineficaz. El ser mismo no es más que una pretensión de la Nada. El ser es mudo y el espíritu charlatán. Eso se llama conocer. La originalidad de los filósofos se reduce a inventar términos. Estamos abismados en un universo pleonástico en el que las interrogaciones y las réplicas se equivalen.¹¹

¹¹ Emile Cioran. *Breviario de podredumbre*, Taurus, Madrid, 1997.

Por su parte, Eric Hobsbawm opina que “la destrucción del pasado es uno de los fenómenos más característicos y chocantes del siglo XX. La mayoría de los jóvenes crecen en una especie de presente continuo, sin relación orgánica con el pasado público de los tiempos que viven”.¹²

¹² E. Hobsbawm, *The age of extremes*, Abacus, London, 1998 (traducción del autor).